

CINCO GLOSAS A OTRAS TANTAS VERDADES DE LA SILUETA QUE UN HOMBRE TRAZO DE SI MISMO

Por Camilo José Cela

1

Nací en Pamplona en 1896...

EN 1896, mientras Menéndez Pidal publica *La leyenda de los Infantes de Lara* y se celebra en Atenas la primera Olimpiada deportiva de los tiempos modernos, en Pamplona nace un niño al que, al cabo de los años, todos habríamos de llamar don Félix. Los aficionados a relaciones astrales y demás suertes de magia podrán emparentar a nuestro hombre con el heroísmo de los caballeros burgaleses de la corte del conde Fernán González y el buen espíritu de los atletas en la palestra; de ambas virtudes —el valor personal y el valor para la competición— dió amplias muestras, el tiempo andando, aquel niño que, por entonces, nacía. Los hombres valerosos lo son desde el principio, dejó dicho Corneille, sin duda porque, en el sentir de Schiller, Dios ayuda al valeroso.

2

...y de familia modestísima.

SOLO al muy fuerte le está permitido volar alto despegando del suelo y no de la rama airosa o la peña erguida. La cuna humilde es el timbre de gloria de quien puede criar a sus hijos en nido de maderas preciosas, sin olvidar jamás el crudo y modesto pino de su primer lecho. Don Félix gustaba de recordarlo y de sus palabras brotaba siempre un nobilísimo orgullo que adornaba su voz y su figura porque sabía, con el humilde Cervantes, que los que nacen de padres humildes, si no les ayuda demasíadamente el Cielo, ellos, por sí solos, pocas veces se levantan adonde sean señalados con el dedo. Por eso, quizá, don Félix fue tan honesto y convencido creyente.

3

Mi padre fue carpintero...

ES, quizá, el de carpintero el oficio de más antigua y literaria estela, de más histórica huella en la crónica del acontecer del hijo del hombre; repásele la memoria, antes y después de San José, desde el patriarca que salvó a las especies animales de las iras del Diluvio Universal hasta el genio que, todavía niño, aún no proclamó su nombre a los dieciseis vientos de la rosa. ¿Por qué no te habré metido a carpintero? —le dijo Pedro, el carpintero al mozo Félix, que escribía a máquina por dos duros al mes—: ganarías seis reales diarios, mientras que ahora no sacas ni para alpargatas. Cervantes —otra vez Cervantes— dijo en el Quijote: Oficio que no da de comer a su dueño, no vale dos habas. Y Pedro, el carpintero, sin saber que lo hacía, pronunció las duras y providenciales palabras que, según propia confesión, fueron el “gran acicate” de don Félix o, dicho con frase suya, “el motor de todas mis futuras actuaciones”.

4

...aquella bolita de nieve...

LA lucha y el triunfo de don Félix —aquella bolita de nieve que fue creciendo hasta convertirse en montaña— ya tienen sus cronistas y sus glosadores y, de otra parte, su trayectoria y su anécdota son hartamente conocidas. En el romancero tradicional se lee:

Mis arreos son las armas,
mi descanso, el pelear...

DON Félix descansó siempre peleando y en la pelea jamás se dio un punto de descanso hasta que descansó, para los siglos de los siglos, en la paz de Dios y peleando, a brazo partido y resignadamente, con la muerte. (Recuerdo ahora las noticias de su última pelea, aquella en la que perdió el cuerpo y salvó el alma, que sus amigos recibíamos a diario desde Pamplona, y recuerdo también los vaivenes de aquellos partes que se apagaron cuando todos habíamos llegado a creer que seguirían luciendo.)

5

S.T.T.L.

CUANDO en la persona de don Félix, en el cuerpo físico de aquel amigo navarro que nos dejó, se cumplieron las palabras del *Eclesiástico* —todo lo que de la tierra viene a la tierra vuelve— en el Señorío de Sarriá no resonaron los lúgubres ecos de la marcha fúnebre sino el esperanzador y armonioso estruendo del *Aleluya*. A muchas leguas al sur del paisaje, que vio nacer y morir a don Félix, el pueblo canta por “soleares”:

El morir no es acabarse:
es renacer a otra vida
y, en ella, purificarse.

El poeta Marco Valerio Marcial nos cuenta —en el epigrama XXX del libro IX— que en las tumbas romanas se inscribían las cuatro iniciales del buen deseo: S.T.T.L. *Sit tibi terra levis*, se rezaba en latín: que la tierra te sea leve, repetimos en español ante el sepulcro de don Félix, el hombre que, de niño, no quiso ser carpintero.

Camillo 3/12